

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Caravija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
Fuera, 3 trimestre

Núm. 495.

MURCIA 13 NOVIEMBRE DE 1898

Un incidente curioso en las negociaciones de París

El protagonista de la verídica y hasta ahora no escrita historia es don Simón Rivas, anciano vigoroso y esforzado, a pesar de sus 81 años de edad.

Fue rico, muy rico, y vive ahora atenido a la pensión, muy decorosa, que le pasa un su pariente.

Tuvo pleitos, perdió unos, ganó otros, y salió siempre perdiendo cuanto ganaron curiales, escribanos, procuradores y voceros.

Uno de estos y el que salió más ganancioso de todos, fué D. Eugenio Montero Ríos, el eminente canonista, como aún le llaman algunos periódicos.

Pero todavía no he dado á conocer á mi D. Simón, es decir, al ciudadano Simón del incidente.

El anciano D. Simón, que lleva gallardamente sus 81 años, no es otro que Rivas, el famosísimo empresario que dió su nombre al teatro circo del paseo de Recoletos.

Circo de Rivas sigue llamando la gente al teatro circo, que oficial y legalmente se llama desde hace muchos años del Príncipe Alfonso, desde que era príncipe de Asturias el difunto Alfonso XII.

Famoso es en los anales teatrales el Circo de Rivas. Allí saltaron los payasos más famosos y se descoyuntaron, equilibraron y balancearon en trapecios, cuerdas y barras fijas los más célebres gimnastas. Allí bailó la vaporosa, gentil y espiritual Pinchiara. Allí admiró el buen pueblo de Madrid y los bonifimos provincianos que á admirarlos venían de provincias, bailes fantásticos que fueron á la escenografía lo que «Las mil y una noches» á la literatura. Allí llegaron á la mas alta cima de su esplendor los bufos y empezó allí su decadencia. En aquel escenario, que pronto ha de desaparecer, lució su graciosísima sosería el famoso Arderius, y lucieron cuánto Dios las dió y mucho que no las dió las más hermosas y desenvueltas coristas que han pisado en Madrid las tablas de la escena. Brilló allí Ramón Rosell, el catalán más gracioso que ha habido, sino existieran los catalanes que toman en serio al general Polavieja. Allí Escrivá y la Perla y Orejón, unidos á Rosell y Arderius, cantaron «La vuelta al mundo», «Los sobrinos del capitán Grant» y otras zarzuelas de bastante mejor literatura y más sustancia que la música que las óperas que prepara la empresa del Real. Y en el mismo teatro circo se han celebrado conciertos notabilísimos, deleites de los apasionados de la música, en uno de los cuales conciertos encontró «Clarín» el asunto de uno de sus mejores cuentos; «El viejo verde»; y allí, por último, cantó por primera vez «Gedeón» sus coplas.

Famoso circo, famoso empresario y famosa empresa la que fué á realizar el bueno de D. Simón al mismísimo París de Francia!

¡Qué bailes fantásticos, zarzuelas bufas, saltos de Lotard, piruetas de la Pinchiara, murmullos de la selva, nocturnos y sinfonías y coplas, intencionadas de Gedeón al lado y en comparación de lo que el empresario y expulento D. Simón Rivas ha ido á poner en el mejor escenario del mundo.

De todo tiene algo, de copla satírica é intencionada, de bufonada, de danza fantástica, de plancha gimnástica, de difícil y comprometido petibure y de composición musical de las que constituyen el rico y selecto repertorio de la Sociedad de Conciertos.

Algo hay—como luego verá el curioso y ya impaciente lector—en la historia de D. Simón Rivas de Sueño de una noche de otoño, de Marcha heroica y aun de Marcha, Fúnebre de Chopin, y si se me apura, de Marcha Fúnebre para el entierro de una marionette.

Esto sin contar lo mucho que recuerda las famosas muñecas que en el propio circo de Rivas tocaba al violín el gran Sarasate.

Pero vamos al asunto, si bien es preciso poner previamente al lector en algunos antecedentes.

He dicho que en la red de la curia encontráronse por designio de los hados D. Simón Rivas, publicista desgraciado, y D. Eugenio Montero Ríos, acadañado y célebre abogado. Y de ese encuentro nació en el ánimo de D. Simón un odio terrible á D. Eugenio, el odio que la mosca cultiva hacia la araña.

El Sr. Rivas, carácter violento é impulsivo, dió no hace mucho tiempo elocuentes y contundentes manifestaciones de la cordial antipatía que profesaba al Sr. Montero.

La escena ocurrió á la puerta del Senado, los protagonistas Rivas y Montero, el escándalo enorme y el bastonazo que recibió el canonista eminente casi tamaño al escándalo.

Querrela, proceso, un folleto del agresor poniendo como hoja de peregrino al agredido, vista de la causa, otro escándalo en los pasillos de las Salesas promovido también por el juvenil anciano y una sentencia imponiendo al Sr. Rivas unos meses de destierro, sentencia que pende de la resolución del Tribunal Supr. mo.

Así las cosas, sabe D. Simón que el presidente del Senado va á París con objeto de negociar la paz con los Estados Unidos, y sin reparar en sus 81 años, en París se planta como Tenorio á reñir con Montero y puede que á adorar á las francesas, que todo es posible en viejos de ese ánimo, ese temple y esas agallas tan libres de modernismos, decadentismos y estetismos.

A París fué D. Simón Rivas, y así que llegó cogió la pluma y en inglés correctísimo, cosa que no puede hacer el presidente de la Comisión española, escribió sendas cartas á los delegados norteamericanos.

No sé que diría el Sr. Rivas del señor Montero en sus cartas á los comisionados yanquis, pero me lo presumo. En los norteamericanos hicieron mala impresión las expresivas misivas.

«Estamos en el Olimpo ó en el bufete de don Eugenio?» se preguntaron parodiando una chistosa interrogación muy aplaudida un tiempo en el Circo de Rivas.

Intervino el embajador de España en París, Sr. León y Castillo, y, como buen diplomático, lo arregló todo diciendo que D. Simón Rivas es un pobre loco.

Los yanquis se compadecieron de D. Simón, y se admiraron mucho de que en España sepan inglés los locos y no las eminencias del foro, la política y el derecho económico.

El Sr. León y Castillo, temiendo que el Sr. Rivas hiciera á la puerta del ministerio de Estado de Francia lo que hizo en Madrid delante del Senado, dió cuenta del caso al ministro del Interior, y convencido este señor, diplomáticamente al menos, de que el Sr. Rivas no está á bien de la cabeza, lo hizo conducir con muchísimo respeto á la frontera, expulsándolo de Francia. Y de la frontera llegó el pasado martes á Madrid el bueno de D. Simón Rivas, quien así que descansó del viaje, se fué al Casino—gran mentidero de la villa y corte—y allí contó cuanto le dejó referido.

¿La moraleja de la edificante historia?

Que no se debe fiar la representación de una nación á un abogado con bufete abierto.

Roberto Castrovido.

En primavera

Cuando llegan los primeros días de la primavera, en que la tierra despierta de su letargo y el tibio perfume del aire nos acaricia la piel y penetra en nuestro pecho, sentimos vagos deseos de dichas indefinidas y anhelos indescriptibles de correr en pos de aventuras desconocidas.

Una mañana me levanté muy temprano, y sin saber por qué, salí á la calle y me dirigí á las márgenes del Sena. Varios vaporcitos navegaban hacia Suresnes, y de pronto se me ocurrió la idea de ir á dar un paseo por el bosque.

Entré en una de las embarcaciones, cuyo puente estaba lleno de pasaje-

ros, y me coloqué al lado de una obrera muy guapa y muy bien vestida, que me llamó desde luego la atención.

La muchacha, al notar la insistencia de mis miradas, volvió la cabeza hacia mí, y después bajó bruscamente los ojos.

Nos pusimos en marcha, y á los pocos instantes, mi vecina, al ver que yo no cesaba de contemplarla, me correspondió con una deliciosa sonrisa.

Iba yo á abrir la boca para dirigirla la palabra y manifestarle la admiración que su belleza me causaba, cuando sentí que alguien me tocaba en un hombro. Me volví sorprendido y me encontré cara á cara con un hombre de aspecto vulgar, ni joven ni viejo, que me miraba con aire de tristeza.

—Deseo hablar con usted—me dijo.—Se trata de un asunto muy importante.

Me levanté y le seguí al otro extremo del barco.

—Caballero—repuso—cuando se acerca el invierno con sus frios, sus lluvias y sus nieves, aconsejan los médicos á sus clientes todo género de precauciones contra los catarros, las bronquitis y las pulmonías, y todo el mundo se abriga para conjurar en lo posible el peligro. Pero cuando viene la primavera, nadie da un consejo saludable á un amigo, con respecto á las emboscadas del amor y de los paseos al aire libre en compañía de una mujer desconocida. Hay en el mundo cosas mucho más peligrosas que el reuma, que la bronquitis y que la pulmonía. Pues bien, caballero; voy á ejercer en este momento una obra de caridad al advertirle que va usted á enamorarse perdidamente de esa obrera, y que luego tendrá usted que lamentar las terribles consecuencias de la ardiente declaración que piensa usted hacerla.

Me quedé absorto ante aquél extraño personaje, y le contesté:

—Me parece, caballero, que se mete usted en lo que no le importa.

—¿Cree usted que cuando un hombre está á punto de ahogarse en un sitio peligroso hay que dejarle perecer? Le voy á contar á usted mi historia, para que comprenda por qué me atrevo á hablarle así:

«Estoy empleado en el ministerio de Marina, y el año pasado por este tiempo se me antojó cierto día abandonar la oficina para ir á dar un paseo por el campo. Pedí permiso á mi jefe pretextando una enfermedad repentina, y, aunque no dió crédito á mis palabras, me concedió la licencia que solicitaba.

Me dirigí al Sena y me embarqué en uno de estos vaporcitos. ¡Ah, caballero! ¡Cuanto deplo por mi jefe accediera á mi petición!

En el Trocadero se embarcó una preciosa muchacha que se sentó á mi lado. Era una criatura hermosísima cuyo aspecto me sedujo desde el primer momento. La miré y ella también me miró, pero únicamente de cuando en cuando, lo mismo que la joven de quien usted acaba de prendarse. Le dirigí la palabra y me contestó enseguida sin el menor reparo. Desembarqué en Saint-Cloud y la seguí, poniéndome á su lado á las pocas momentos. Dimos un largo paseo, la convidé á almorzar y la acompañé después hasta su casa, conviniendo en vernos al día siguiente.

«Nos encontramos varias veces en la calle, y no hubo domingo en que no nos embarcáramos en dirección á uno de los pueblecillos de las cercanías.

Me enamoré de ella como un loco, y al cabo de tres meses la hice mi legítima esposa.

«¿Qué quiere usted, caballero! ¡Vivía yo solo, sin familia y, no tenía un amigo que pudiera darme un buen consejo!

«Pero, ¡oh desdicha! Aquella mujer tan candorosa y tan buena, al parecer, sacó las uñas después de casada, para convertirse en una fiera.

«Me insulta desde que amanece hasta que nos acostamos, no economiza un céntimo, se pasa la vida cantando mientras estoy ausente, ríe con el carbonero, le cuenta á la portera todas las intimidades del hogar, contrae deudas, que tengo que pagar sin

re medio, y tiene la cabeza tan llena de preocupaciones ridículas y de creencias estúpidas, que no me es posible hablar seriamente con ella ni un solo instante.»

El desconocido guardó silencio, un tanto fatigado y profundamente conmovido.

Yo le miraba con lástima, considerándole como un pobre diablo, víctima de una horrible desgracia, y cuando iba á contestarle, se detuvo de pronto el vaporcito.

Habíamos llegado á Saint-Cloud. La obrera que tanto me había llamado la atención se levantó para salir y pasó por mi lado, lanzándome una mirada encantadora y dirigiéndome una de esas sonrisas capaces de volver loco á cualquier hombre.

Desembarqué, y yo traté de seguirla; pero mi desconocido me asíó de un brazo, sin que yo pudiera evitar la acometida, y luego, en vista de mi resistencia y de mi empeño por desasirme, se apoderó de los faldones de mi levita, echándose hacia atrás y diciéndome:

—No, señor; no saldrá usted. Todos cuantos nos rodeaban se echaron á reír y, á pesar de mi natural indignación, tuve que resignarme para no hacer un papel ridículo.

Y el vaporcito prosiguió su marcha. La obrera me miraba desde tierra con aire de tristeza y de descontento, mientras mi implacable perseguidor me decía al oído, frotándose las manos:

—¡Le he prestado á usted uno de esos servicios que no se pagan con todo el oro del mundo!

Guy de Maupassant.

Las Cámaras

COMERCIO

El presidente de la Cámara de Comercio de Madrid, Sr. Ruiz de Velasco, ha visitado al Sr. Sagasta, para entregarle el cuestionario de las reformas, que han de discutirse en la próxima asamblea de las Cámaras de Comercio que han de celebrarse en Zaragoza.

Se discutirán primero aquellas reformas que puedan realizarse inmediatamente por disposición del gobierno, y después las que requieran la intervención de las Cortes.

En las discusiones no será permitido atacar á ningún hombre ni partido político determinado, si bien podrán exponerse las opiniones que cada cual tenga sobre la influencia que la política haya podido ejercer sobre el estado actual del país.

Tampoco será permitido discutir cuestiones arancelarias.

Figuran entre las conclusiones del cuestionario, la reforma del poder judicial, haciendo depender del Tribunal Supremo los ascensos y cuanto concierne á la carrera de aquellos.

Enseñanza elemental gratuita y obligatoria.

Que deje de ser honorífico todo cargo del Estado, declarando incompatibles los de senador y diputado con el de empleado público y de consejero de las grandes empresas.

Convertir en carrera, á la que se ingrese por concurso, la de empleados civiles del Estado.

Revisión de las pensiones, jubilaciones, retiros y recompensas concedidas, anulando ó reduciendo las que estén indebidamente otorgadas.

Reforma de las ordenanzas de aduanas.

Hacer incompatible con la abogacía el haber sido ministro de Gracia y Justicia ó presidente del Supremo.

Servicio militar obligatorio.

Banco de España para emitir hasta 2.500 millones de moneda fiduciaria.

Supresión de todos los organismos que resultan innecesarios.

Amortización de plazas en el generalato y jefes militares.

Clausura temporal de las Escuelas de ingreso á las carreras del ejército y marina militar.

Reforma del régimen provincial.

Autonomía administrativa á los municipios.

Tales son los principales puntos del cuestionario que ha de discutirse en la referida asamblea de las Cámaras de Comercio.

Esta no podrá reunirse el día 20, como se había anunciado; pero lo hará antes de fin de mes.

El señor ministro de la Guerra ha comunicado al capitán general de Zaragoza que puede autorizar las reuniones de la asamblea, á pesar del estado excepcional en que se encuentra el país.

LOS RESTOS de BUSTAMANTE

REAL DECRETO

«Deseando dar público testimonio del aprecio en que tengo la memoria de los ilustres servidores de la patria; teniendo en consideración que el capitán de navío D. Joaquín Bustamante y Quevedo, después de consagrar su existencia á meritosísimos servicios, de unir su nombre á máquinas de guerra producto de su ingenio y á obras profesionales y científicas de utilidad reconocida, puso á su honrosa vida término glorioso consagrandose sus últimos días á pelear heroicamente sobre la tierra y sobre el mar, defendiendo el honor de las armas hasta alcanzar heroica muerte; queriendo que sus gloriosos restos sean por siempre cubiertos por la tierra española y cobijados por la enseña á cuya defensa, prestigio y honor consagró su existencia y ofreció el sacrificio de su vida.

De acuerdo con el Consejo de ministros, en nombre de mi augusto hijo el rey D. Alfonso XIII, y como reina regente del reino,

Yengo en decretar lo siguiente:

Artículo único.—Los restos del capitán de navío D. Joaquín Bustamante y Quevedo, jefe del Estado Mayor de la escuadra de operaciones de la isla de Cuba, muerto gloriosamente á consecuencia de las heridas que al frente de las fuerzas desembarcadas de dicha escuadra pelearon valerosamente contra los enemigos de la patria en las trincheras de Santiago de Cuba el día primero de Julio de 1898, serán transportados á España, previo el cumplimiento de las prescripciones sanitarias, en buque de la Armada nacional, y depositados en el panteón de marinos ilustres de la ciudad de San Fernando, donde se les erigirá decoroso enterramiento, que á la vez perpetúe la memoria de todos los marinos que perdieron la vida en la última campaña.»

Desde Mazarrón

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

Muy Sr. mío: La asociación llamada de la Cruz Roja acaba de realizar un acto tan hermoso en este pueblo, que ha hecho ver á todos de una manera evidente lo útil y beneficiosa que es dicha sociedad.

Desde que llegó de Cuba el soldado Miguel Martínez enfermo y sin recursos en su casa para alimentarlo y cuidarlo, fué objeto de toda solicitud por parte de la asociación, facilitándole médicos, medicinas y alimentos y dándole además seis reales diarios para que nada le faltase. Hace pocos días había mejorado tanto, que se abrigaba la esperanza de poderle salvar, pero su enfermedad era tan grave, que falleció el día nueve

